

«Venid y veréis»
(Jn 1,39)
La necesidad de convocar

Queridos hermanos y hermanas, miembros todos de la Familia Salesiana y amigos de Don Bosco:

Os saludo con el gran afecto y la estima que siento por cada uno de vosotros deseándoos un año nuevo lleno de las bendiciones que el Padre ha querido darnos en la encarnación de su Hijo.

Os escribo para presentar el Aguinaldo de 2011, con la certeza de haceros un regalo agradable, tanto por el valor que el *Aguinaldo*, como tal, tiene en nuestra tradición salesiana desde los tiempos de Don Bosco, como por el tema escogido que interesa a nuestra vida, a nuestra misión y a nuestra capacidad de ayudar a descubrir que la vida es vocación, como también por el momento que vivimos como Iglesia y Familia Salesiana, sobre todo en Occidente.

Después del Aguinaldo de 2010, “*Señor, queremos ver a Jesús*”, sobre la urgencia de evangelizar, me ha parecido lo más lógico y natural hacer una cálida llamada a toda la Familia Salesiana a sentir, junto a nosotros los SDB, **la necesidad de convocar**. En efecto, nosotros, los salesianos

“sentimos hoy con más fuerza que nunca el reto de crear una cultura vocacional en cada ambiente, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional. Esto requiere ayudar a los jóvenes a superar la mentalidad individualista y la cultura de la autorrealización, que los impulsa a proyectar el futuro sin ponerse en la de Dios; esto pide también implicar y formar a las familias y a los laicos. Debe imponerse un compromiso especial en suscitar entre los jóvenes la pasión apostólica. Como Don Bosco, estamos llamados a animarlos a ser apóstoles de sus compañeros, a asumir diversas formas de servicio eclesial y social, a implicarse en proyectos misioneros. Parar favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, a esos jóvenes se les deberá proponer una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático. Este es el terreno en el que florecerán familias capaces de un auténtico testimonio, laicos comprometidos en todos los niveles de la Iglesia y de la sociedad así como para la vida consagrada y para el ministerio”.

Evangelización y vocación, queridos hermanos y hermanas, son dos elementos inseparables. Más aún, criterio de autenticidad de una buena evangelización es su capacidad de suscitar vocaciones, de madurar proyectos de vida evangélica, de implicar totalmente a la persona de los que son evangelizados, hasta hacerlos discípulos y apóstoles.

Un dato histórico de la vida de Jesús, confirmado por los cuatro evangelistas, es que, desde el comienzo de su actividad evangelizadora (cf. *Mc* 1,14-15), Jesús llamó a algunos a seguirlo (cf. *Mc* 1,16-20; *Mt* 4,18-19; *Lc* 5,10-11; *Jn* 1,35-39). Estos primeros discípulos suyos se convirtieron de ese modo en «compañeros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado» (Hch 1,21-22).

La vocación de estos primeros discípulos según el Evangelio de Juan, es fruto de un encuentro personal que suscita en ellos una atracción, una fascinación que transforma su

mente y sobre todo sus corazones, al descubrir en Jesús a Aquel en el que se realizan las esperanzas más profundas, las profecías, el Mesías esperado. Esta experiencia los une de tal modo a la persona de Jesús, que le siguen con entusiasmo y comunican a otros su experiencia invitándolos a compartirla encontrándose con Jesús personalmente. El Evangelio de Lucas habla también del grupo de mujeres que acompaña y atiende al Señor (cf. *Lc* 8,1-3) lo que quiere decir que Jesús tenía mujeres entre sus discípulos, algunas de las cuales serán testigos de su muerte y resurrección (cf. *Lc* 23,55-24,11.22).

Por eso, queridos hermanos y hermanas, os invito a ser para los jóvenes verdaderos guías espirituales, como Juan Bautista que señala a Jesús a sus discípulos diciéndoles: “*¡He ahí el Cordero de Dios!*” (*Jn* 1,36). De ese modo ellos le seguirán, de manera que Jesús, dándose cuenta de que algunos lo seguían, se dirigirá a ellos directamente con la pregunta: “*¿Qué buscáis?*”, y ellos, llenos del deseo de conocer en profundidad quién es este Jesús, le preguntarán: “*Rabbí, ¿dónde vives?*” (*Jn* 1,38). Y él los invitará, como a primeros discípulos, a tener una experiencia de convivencia con él: “*Venid y veréis*”. Algo inmensamente bello habrán experimentado desde el momento en que “*fuleron, vieron dónde vivía y aquel día se quedaron con él*” (*Jn* 1,39).

He ahí una primera característica de la vocación cristiana: un encuentro, una relación personal de amistad que llena el corazón y transforma la vida. Este encuentro transformador es la fe que, animada por la caridad, convierte a los creyentes y a las comunidades cristianas en propagadores de la Buena Nueva del Evangelio de Jesús. Así lo expresa Pablo en la carta a la comunidad de Tesalónica: “Abrazando la palabra, os habéis convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya; partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y se ha difundido por todas partes” (cf. *1 Ts* 1, 7-8). Estamos, pues, llamados a renovar en nosotros este dinamismo vocacional: comunicar y compartir el entusiasmo y la pasión con la que estamos viviendo nuestra vocación, de modo que nuestra misma vida se convierta en propuesta vocacional para los otros. Exactamente como hizo Don Bosco, que más que campañas vocacionales supo crear en Valdocco un microclima en el que crecían y maduraban las vocaciones, formando una auténtica cultura vocacional en la que la vida se concibe y se vive como don, como vocación y misión, en la diversidad de las opciones.

1. Volver a Don Bosco

Invitados a volver a partir desde Don Bosco para entender cada vez mejor y poder asumir con mayor fidelidad la pasión que ardía en su corazón y lo impulsaba a buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas, imitémoslo en su incansable actividad en promover vocaciones al servicio de la Iglesia, el fruto más precioso de su obra de educación y evangelización, de formación humana y cristiana de los jóvenes. Su experiencia y sus criterios y actitudes podrán iluminar y orientar nuestro compromiso vocacional.

“Don Bosco, aun actuando con incansable generosidad en promover diversas formas de vocación en la Iglesia, llamaba a algunos jóvenes a estar para siempre con él. También para nosotros la propuesta de la vocación consagrada salesiana, dirigida a los jóvenes, forma parte de la fidelidad a Dios por el don recibido. A esto nos impulsa el deseo de compartir la alegría de seguir al Señor Jesús, quedándonos con Don Bosco, para dar esperanza a muchos otros jóvenes de todo el mundo”.

Don Bosco vivió, no lo olvidemos, *en un ambiente poco favorable* y en algunos aspectos

contrario al desarrollo de las vocaciones eclesiásticas. El nuevo régimen constitucional del Reino Sardo, con las consiguientes libertades de prensa, de conciencia, de cultos, y la potencial “des-confesionalización” del Estado, había producido una creciente disensión con la Iglesia. La libertad de culto y la activa propaganda protestante desorientaban al pueblo sencillo, presentando una imagen negativa de la Iglesia, del Papa, obispos y sacerdotes. Se había creado en el pueblo y sobre todo entre los jóvenes un clima nacionalista impregnado de las ideas liberales y anticlericales.

El mismo Don Bosco escribía recordando aquellos tiempos: “un espíritu de vértigo se levantó contra las órdenes religiosas, y las Congregaciones eclesiásticas; después, en general, contra el clero y todas las autoridades de la Iglesia. Este grito de furor y de desprecio por la religión llevaba consigo la consecuencia de alejar a la juventud de la moralidad, de la piedad; y por tanto de la vocación al estado eclesiástico. Por eso no había ninguna vocación religiosa y casi ninguna para el estado eclesiástico. Mientras las instituciones religiosas se iban poco a poco desintegrando, los sacerdotes eran vilipendiados, algunos metidos en la cárcel y otros en arresto domiciliario; ¿cómo iba a ser posible, humanamente hablando, cultivar el espíritu de vocación?”.

Pero mirad, queridos hermanos y hermanas, cómo reacciona Don Bosco. No se pierde en lamentos, sino que enseguida se industria para recoger y cultivar vocaciones y promover la formación de jóvenes seminaristas que se habían quedado sin seminario, cuidar a los muchachos de buena índole y encaminarlos a la carrera eclesiástica. En el Oratorio, junto a los jóvenes trabajadores, huérfanos, Don Bosco acoge muy pronto a muchachos y jóvenes de buen espíritu que manifiestan signos para orientarse hacia el sacerdocio y a la vida religiosa. Se dedica con atención y prioridad a su formación, una formación activa y práctica con un acompañamiento personal y en un ambiente de fuerte valor espiritual y apostólico. Desde los años '60 a la sección “estudiantes” del Oratorio de Valdocco se la considera una especie de seminario. El mismo Don Bosco escribe en las Memorias del Oratorio “que la casa del Oratorio durante casi 20 años se convirtió en seminario Diocesano”. Según lo que escribe don Braidó, entre 1861 y 1872 entraron en el Seminario de Turín 281 jóvenes procedentes del Oratorio.

¿Cómo resuelve Don Bosco este empeño para promover vocaciones?

Ante todo Don Bosco prestaba atención especial a descubrir los posibles signos de vocación en los jóvenes con los que entraba en contacto cuando iba a predicar en las iglesias de los pueblos y en los jóvenes acogidos en el Oratorio de Valdocco. Él advierte que, en medio de la masa de sus jóvenes, en algunos aparecen las condiciones para una propuesta vocacional, hasta entonces ocultas por una costra de rudeza e ignorancia. Estos pobres oratorianos, en efecto, unían a la buena conducta un ingenio despierto; los pone, pues, a prueba como animadores entre los compañeros y los estudia con un acompañamiento especial por su parte. Porque Don Bosco no se queda a la espera de un desarrollo casi mecánico de la vocación; sabe por experiencia que la movilidad juvenil la puede poner en serio peligro. Por eso colabora activamente con el don de Dios creando un ambiente apto, manteniendo en él un clima espiritual adecuado a las exigencias de desarrollo de la vocación, y comprometiéndose a ser animador y guía de los que encuentra llamados por Dios a la vida sacerdotal y religiosa

o a la cooperación salesiana en la diversidad de sus expresiones.

1. El primer empeño de Don Bosco es crear un ***ambiente***, hoy diríamos una *cultura*, en el que la propuesta vocacional pueda acogerse favorablemente y llegar a maduración.

λ *Un ambiente de familiaridad* en el que Don Bosco comparte todo con los jóvenes. Está con ellos en el patio, los escucha, promueve un clima de alegría, de fiesta y de confianza que abre los corazones y hace que los jóvenes se sientan como en familia. La alegría que se expandía de toda la persona de Don Bosco mientras realizaba su apostolado sacrificado y entusiasta era ya en sí misma una propuesta vocacional. Los jóvenes en contacto con Don Bosco en la vida cotidiana tenían la grande y estimulante experiencia de ser y sentirse de verdad miembros de una familia, aprendiendo a abrir sus corazones y a mirar el futuro con optimismo y esperanza.

λ Este clima de alegría y de familia se alimenta con *una fuerte experiencia espiritual*. La visión religiosa del mundo que posee Don Bosco y que unifica su multiforme actividad contagia casi espontáneamente a los jóvenes, que aprenden a vivir en la presencia de Dios. Un Dios que los ama y tiene para cada uno de ellos un proyecto de felicidad y de vida plena. Se crea en el Oratorio un clima espiritual que orienta a la relación interpersonal con Dios y con los hermanos e invade toda la vida. Este clima se alimenta con una sencilla pero constante piedad sacramental y Mariana. La oración que orienta a los jóvenes a una relación personal de amistad con Jesús y con María y la adecuada experiencia sacramental que sostiene y estimula el esfuerzo de crecimiento en la vida cotidiana, constituyen el primer recurso para cultivar y madurar las vocaciones.

λ Una tercera característica del ambiente creado por Don Bosco era *la dimensión apostólica*. Desde el principio Don Bosco responsabiliza a los jóvenes, especialmente a los que presentan signos de vocación, a acompañarlo en su obra de educación y de catequesis. Les confía algunos compañeros más díscolos para que, haciéndose amigos suyos, les ayuden a introducirse positivamente en el ambiente y en la vida del Oratorio. De este modo los jóvenes aprenden a trabajar por los demás con una clara entrega y total desinterés. Aprenden también a estar cada vez más disponibles y abiertos a las exigencias del apostolado, madurando sus propias motivaciones y haciendo todo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Don Bosco, con un acompañamiento atento y constante, procura que este servicio de apostolado entre los compañeros, vivido con entusiasmo y disponibilidad, mientras muestra su eficacia llevando al camino del bien a aquellos a los que se dirige, se convierta también en “propuesta” concreta de vida para los jóvenes que él mismo había escogido. En este clima nacen y se desarrollan las Compañías, consideradas por Don Bosco como una experiencia clave del ambiente y de la propuesta educativa del Oratorio.

2. Con el ambiente, Don Bosco ofrece a los jóvenes y a los adultos, que buscan una orientación para su vocación, un fiel ***acompañamiento espiritual***. El lugar natural en el que Don Bosco ofrece la ayuda de la dirección espiritual es el confesionario, pero no sólo: Don Bosco propone y facilita de varios modos posibilidades de encuentro y de coloquio entre los “hijos de familia” y el “padre”, ofreciendo a todos una experiencia profunda de educación y de dirección espiritual. Su acción se modula de diferentes modos y de manera personalizada según que se trate de jóvenes o adultos, aspirantes a la vida eclesiástica, a la vida religiosa o simplemente a la vida de buen cristiano y honrado ciudadano. Igualmente su acción de acompañamiento se hace especial y atenta al seguir a los Cooperadores, Hijas de María

Auxiliadora, Salesianos, etc.

Uno de los rasgos que más llama la atención cuando se observa a Don Bosco actuando como director de espíritu, es el discernimiento y la prudencia que revela cuando aconseja sobre la vocación. Aunque en aquel tiempo faltaban en la iglesia pastores y él mismo necesitaba colaboradores, don Rua atestigua con juramento, que “nunca aconsejaba entrar (en la vida sacerdotal o religiosa) a quien no tuviese los requisitos necesarios ... De varios he sabido que los disuadió a pesar de su deseo”.

Movido siempre por prudente discernimiento, hace lo posible para hacer reflexionar a los que, aun teniendo las dotes para ello, no habían pensado nunca en ser sacerdotes o religiosos. Don Bosco les ponía ante los ojos, poco a poco algunas consideraciones que los ayudasen a pensar bien en su opción, y ninguno de ellos quedó nunca descontento de haber seguido su consejo.

La dirección espiritual de Don Bosco está totalmente iluminada por el “don de consejo” que le capacita para orientar con seguridad a los que se dirigen a él.

3. El intensísimo trabajo que despliega Don Bosco en favor de las vocaciones está sostenido por un *intenso amor a la Iglesia*: él emplea todas sus fuerzas, con total entrega, para procurar su bien. Precisamente es ese amor a la Iglesia lo que nos permite comprender la importancia que daba a la actividad apostólica de promoción de las vocaciones y su insistencia para que todos, de pleno acuerdo, trabajasen y se prestasen para dar a la Iglesia el gran tesoro que son las vocaciones. Por eso solía decir: “Nosotros regalamos un gran tesoro a la Iglesia cuando logramos una buena vocación; que esta vocación o este sacerdote vaya a una Diócesis, a las misiones o a una casa religiosa no importa. Es siempre un gran tesoro que se regala a la Iglesia de Jesucristo”. La visión del bien de toda la Iglesia no lo abandona nunca, ni siquiera cuando gasta sus fuerzas, su tiempo, los medios económicos que le cuestan tantos sudores, ni cuando emplea su escaso personal y sus Casas.

“Corred, corred pronto a salvar a esos jóvenes...”. La llamada de Don Bosco moribundo puede tomarse dirigida no sólo a los presentes en aquel momento en su habitación, sino a toda la Familia Salesiana en general. Una llamada que urge y urgirá siempre, porque los jóvenes de todos los tiempos tienen necesidad de “salvación”.

Esta invitación de Don Bosco moribundo nos la dirige también a nosotros. Es una invitación a remangarse y a trabajar duro para que a nuestro alrededor broten, florezcan y se consoliden, como sucedió en torno a él, numerosas y valiosas vocaciones salesianas. Asumirla requiere de cada uno de nosotros renovar la santa pasión por la salvación de la juventud que vivía el mismo Don Bosco; esta pasión nos hará valientes y nos hará superar el temor de no ser comprendidos o marginados o excluidos por este mundo nuestro secularizado y desacralizador, que rechaza la diversidad, suprime lo sobrenatural y margina al creyente.

Vivamos, pues, sin miedo un estilo de vida que se opone a este mundo y a esta sociedad que no permiten el desarrollo y la promoción integral de la persona humana; un estilo de vida que estimula a vivir con alegría y entusiasmo la propia vocación y a proponer a los jóvenes y adultos, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, la vocación salesiana como respuesta adecuada de salvación a este mundo de hoy, y como proyecto de vida capaz de contribuir positivamente a la renovación de la sociedad actual. Así se expresa el artículo 28 de las Constituciones de los Salesianos de Don Bosco: “Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica. Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para

bien de toda la Iglesia y de la Familia salesiana”. Este compromiso fue una finalidad de la Congregación ya antes de su aprobación y hoy adquiere una urgencia y necesidad extraordinaria (cf. Const. 6), como repetidamente nos recuerda la Iglesia.

2. Una urgencia previa: crear y fomentar una cultura vocacional

“Es necesario promover una cultura vocacional que sepa descubrir y acoger la aspiración profunda del hombre que lo lleva a descubrir que sólo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida”. Hablar de *cultura vocacional*, como empezó a hacer Juan Pablo II, es hoy no sólo pertinente, sino también urgente. Notemos, en efecto, que, a veces, hay una fractura entre los gestos de personas, aun generosas y bien inspiradas, y la mentalidad colectiva, entre iniciativas personales y manifestaciones sociales, entre la práctica y sus fundamentos. Así en la Congregación como en la Familia Salesiana, notamos que puede hacerse un determinado trabajo vocacional por parte de algunos, los llamados delegados, por las vocaciones, pero al mismo tiempo, en las comunidades o en los grupos, se percibe que no existe una verdadera cultura vocacional.

La cultura, efectivamente, señala no gestos personales, aun numerosos, sino una mentalidad y una actitud compartidas por un grupo; se refiere no sólo a intenciones y propósitos privados, sino al empleo sistemático y racional de las energías de las que dispone la comunidad. Los contenidos de una cultura vocacional, así entendida, conciernen a tres áreas: la antropológica, la educativa y la pastoral. La primera se refiere al modo de concebir y presentar a la persona humana como vocación; la segunda se dirige a favorecer una propuesta de valores acordes con la vocación; la tercera presta atención a la relación entre vocación y cultura objetiva y obtiene de ella conclusiones para el trabajo vocacional.

La vida es vocación

Sabemos que bajo todas las actuaciones educativas y pastorales subsiste una imagen del hombre, espontánea o refleja. El cristiano la va elaborando con la vivencia, con el esfuerzo racional por entender el sentido y con la iluminación de la fe. Los tres elementos – vivencia personal, búsqueda de sentido y discernimiento desde la fe – son indispensables y están unidos entre sí. La revelación no debe entenderse como una superposición exterior a la experiencia y a su comprensión humana, sino propiamente como un desvelar su sentido más profundo y definitivo. Hay, pues, que superar en primer lugar un modo de pensar y de hablar de la vocación como si fuese un *extra*, un estímulo reservado a algunos, un hecho funcional para el reclutamiento a algún estado de vida, más que una referencia sustancial a la misma realización de la persona. La crisis de las vocaciones, de hecho, puede deberse también al estilo de vida que presentan. Pero más en profundidad se debe a una visión de la existencia humana en la que la dimensión de “llamada”, es decir, de tenerse que realizar en la escucha de otro y en diálogo con él, no sólo se excluya de hecho, sino que no puede tampoco introducirse de modo importante. Esto sucede en las visiones del hombre que ponen la satisfacción de las necesidades del individuo por encima de todo, proponiendo la autorrealización como única meta de la existencia o concibiendo la libertad como pura autonomía. Estas sensibilidades están hoy muy extendidas, ejerce una cierta fascinación y aunque no se asuman de modo íntegro, conforman los mensajes de la comunicación e influyen en las orientaciones educativas.

Una primera tarea de la cultura vocacional es, entonces, elaborar y difundir una visión de la existencia humana concebida como “llamada y respuesta”, como consideración final de una sólida reflexión antropológica. Hacia esa conclusión llevan la experiencia de la relación, la exigencia ética que deriva, los interrogantes existenciales. Son, así pues, éstos los caminos que hay que recorrer para fijar algunos contenidos de la cultura vocacional que nos preocupa. La persona tiene conciencia de la propia singularidad. Comprende que su existencia es exclusiva, cualitativamente diferente de otras, irreducible al mundo. Le pertenece totalmente pero tiene las características de un don, un hecho anterior a todo deseo y esfuerzo.

Abierta a los otros y a Dios

Al mismo tiempo el hombre advierte que es parte de una red de relaciones, no opcionales o secundarias, entre ellas la que tiene con las otras personas, que es inmediatamente evidente y ocupa un puesto privilegiado. Lo primero que la persona percibe no es el yo con sus potencialidades, sino la interdependencia con los otros que requieren ser aceptados en su realidad objetiva y reconocidos en su dignidad. En esta óptica la responsabilidad aparece como capacidad de percibir signos que proceden de los otros y darles respuestas. Se trata de una llamada ética porque lleva consigo exigencias de responsabilidad y de compromiso. El hombre se despierta a la existencia personal cuando los otros dejan de ser vistos sólo como medios de los que servirse. Una cultura vocacional debe prevenir al joven de una concepción subjetivista que hace del individuo centro y medida de sí mismo, que concibe la realización personal como defensa y promoción de sí, más que como apertura y donación. Y asimismo de las concepciones que en la relación intersubjetiva quedan aprisionadas sólo en la complacencia, sin ver su carácter ético. La experiencia relacional y su componente ética orientan ya hacia lo Trascendente, porque en ellos aparece algo incondicional e inmaterial. En efecto, los otros no requieren sólo que se vaya a su encuentro con objetos y estructuras o de actuar con ellos a través de reflejos instintivos. Piden el reconocimiento del misterio de su persona y postulan por tanto respeto, gratuidad, amor, promoción de valores morales y espirituales.

Pero el reclamo a la trascendencia se hace más evidente cuando la persona es capaz de abrirse a los interrogantes fundamentales de la existencia y capta su densidad real. Aparece entonces su apertura al Más allá, ya entrevisto en sus realizaciones positivas y en sus límites. Comprende que no puede detenerse en lo que le es inmediatamente perceptible ni circunscribirse al hoy. La persona es un misterio infinito que sólo Dios puede explicar y sólo Cristo puede saciar. Por eso está naturalmente impulsado a buscar el sentido de la vida y a proyectarse en la historia. Debe decidir su orientación a largo plazo, teniendo delante diversas alternativas. Y no puede recorrer la propia vida dos veces: ¡debe apostar! En los valores que prefiere y en las opciones que toma se juega su éxito o su fracaso como proyecto, la calidad y la salvación de su vida. Jesús lo expresa de forma muy clara: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” (Mc 8,35-36). El cometido de una cultura vocacional es sensibilizar para que se escuchen esos interrogantes, capacitar para profundizar en ellos. Cometido de una cultura vocacional es también promover el crecimiento y las opciones de una persona en relación con el *Bonum*, el *Verum*, el *Pulchrum*, en cuya acogida consiste su plenitud.

Vivida como don y como tarea

Todo esto requiere un estudio de la vocación como definición que la persona da a su existencia, percibida como don y llamada, guiada por la responsabilidad, proyectada con libertad. El filón más fecundo por descubrir ese fundamento es la Escritura, leída como revelación del sentido de la vida del hombre. En la Escritura se definen el ser y las relaciones constitutivas de la persona por su condición de criatura, lo que no indica inferioridad o dependencia, sino amor gratuito y creativo por parte de Dios.

El hombre no tiene en sí la razón de su existencia ni de su realización. La debe a un don y la goza haciéndose responsable de ella. El don de la vida contiene un proyecto; este se va desvelando en el diálogo consigo mismo, con la historia y con Dios y exige una respuesta personal. Esto define la situación del hombre respecto al mundo y a todos los seres que lo componen. Estos no pueden colmar sus deseos y, por tanto, el hombre no les está sometido

Un ejemplo típico de esta estructura de la vida es la alianza entre Dios y su pueblo como la presenta la Biblia. Es elección gratuita por parte de Dios. El hombre debe tomar conciencia de ello y asumirla como proyecto de vida, guiado por la Palabra que lo interpela y lo pone en la necesidad de escoger. En Cristo la verdad sobre el hombre, que la razón capta vagamente y que la Biblia descubre, encuentra su iluminación total. Cristo, con sus palabras pero, sobre todo, por su existencia humano-divina, en la que se manifiesta la conciencia de Hijo de Dios, abre a la persona a la plena comprensión de sí y del propio destino. En Él hemos sido constituidos hijos y llamados a vivir como tales en la historia.

La vocación cristiana no es un añadido de lujo, un complemento extrínseco para la realización del hombre. Es, en cambio, su puro y simple perfeccionamiento, la indispensable condición de autenticidad y plenitud, la satisfacción de las exigencias más radicales, aquellas de las que está sustanciada su misma estructura de criatura. Del mismo modo inserirse en la dinámica del Reino, a lo que Jesús invita a sus discípulos, es la única forma de existencia que responde al destino del hombre en este mundo y más allá. La vida se despliega así enteramente como don, llamada y proyecto.

Tomar todo esto como base e inspiración de la acción, difundirlo de modo que se convierta en mentalidad de la comunidad educativa pastoral y especialmente de los mediadores vocacionales con sus consecuencias educativas y prácticas constituye la “cultura” de la que la pastoral tiene urgente necesidad.

He aquí las actitudes fundamentales que dan vida a una cultura vocacional y que nosotros querríamos privilegiar:

- λ ***La búsqueda de sentido.*** El sentido es la comprensión de las finalidades inmediatas, a medio plazo y, sobre todo, últimas de los acontecimientos y de las cosas. El sentido es también intuición de la relación que realidades y acontecimientos tienen con el hombre y con su bien. La maduración del sentido supone ejercicio de la razón, esfuerzo al explorar, actitud de contemplación e interioridad. Se va descubriendo en diferentes ámbitos: en la propia experiencia, en la historia, en la Palabra de Dios. Todo converge hacia una sabiduría personal y comunitaria que se expresa en la confianza y la esperanza ante la vida. “Por lo demás, sabemos que en toda las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (*Rom*, 8,28a)

Los tiempos de maduración del sentido pueden ser largos. Es importante no renunciar y no cerrarse ante la perspectiva de descubrimientos ulteriores y más ricos. La cultura contemporánea está surcada por corrientes que ignoran, cuando no niegan, todo sentido que trascienda la experiencia inmediata y subjetiva. Lleva así a una visión fragmentada de la realidad, que hace a la persona incapaz de dominar los mil episodios diarios, de ir más allá de lo epidérmico o sensacional. La madurez cultural comporta una síntesis, un marco de referencia más allá de los conocimientos aislados, para lograr orientarse y no quedar prisioneros de los hechos. La calidad de la vida decae cuando no está sostenida por una cierta visión del mundo. Y con la calidad caen las razones para implicarla al servicio de causas nobles.

- λ **Apertura a la *trascendencia***, al más allá humano, a la aceptación del límite, a la acogida del misterio, la acogida de lo sagrado en sus aspectos subjetivos y objetivos, a la reflexión y a la opción religiosa.

Es este un horizonte que aparece en todas las actividades del hombre hasta ser una dimensión constitutiva: en el ejercicio de su inteligencia, en la tensión de su voluntad, en los anhelos del corazón, en la dinámica de sus relaciones, en la realización de sus empresas. La existencia del hombre está abierta al infinito y así es la percepción que él tiene de la realidad. Hay hoy direcciones culturales que, conscientemente o no, llevan a cerrarse en los horizontes “rationales” y temporales y hacen incapaces de acoger la propia vida como misterio y don. Tomar en consideración la trascendencia quiere decir aceptar interrogantes, ir más allá de lo visible y lo racional. Las experiencias, las necesidades, las percepciones inmediatas pueden ser puntos de partida para abrirse a valores, exigencias y verdades ulteriores y más exigentes, que no hay que sentir como negación de las propias pulsiones, sino como su liberación y perfección. Como reveló Jesús a la mujer samaritana: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice «Dame de beber!», tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva” (Jn 4, 10).

- λ **Una mentalidad “ética”**, capaz de discernir entre el bien y el mal y saber orientarse hacia el bien. Esa cultura está iluminada por la conciencia moral, más centrada en los valores que en los medios, y asume como punto básico la primacía de la persona. La cultura lleva siempre en su interior un impulso ético y es en sí misma un valor moral, porque persigue la calidad humana de cada uno y de la comunidad. Pero sobre ella repercuten los límites del hombre.

Algunas de sus tendencias y realizaciones, cuando no sistemas enteros, se presentan bajo el signo de la ambigüedad moral. Y esto en las dos dimensiones, objetiva y subjetiva. El hecho llega a ser grave cuando en el dinamismo mismo de elaboración de la cultura, el criterio ético desaparece o viene subordinado a otros. Pierde entonces toda incidencia la referencia al bien y al mal, y prevalecen otras exigencias, como la utilidad, el placer, el poder. El lenguaje, en estos últimos tiempos, ha acuñado una serie de expresiones que ponen en evidencia, bajo forma de polaridad, la primacía o la ausencia de una referencia ética válida en la evolución de la cultura: cultura del ser y del tener, de la vida y de la muerte, de la persona y de las cosas. Desarrollar la cultura con mentalidad ética querrá decir, no sólo hacerla crecer en cualquier caso, sino contrastar sus concepciones y realizaciones con la conciencia iluminada por la fe para purificarla y rescatarla de la ambigüedad y alentarla en la dirección de los valores.

- λ **La posibilidad de un *proyecto***. La apatía ante el sentido se transmuta con frecuencia

en indiferencia hacia el futuro. Sin una visión de la historia no aparecen metas apetecibles por las que apostar, excepto las que se relacionan con el bienestar individual. En épocas anteriores las ideologías, con su carga utópica, impulsaron el proyecto social y favoreció también la disposición personal a implicarse en un proyecto histórico.

Puede haber hoy una contracción del futuro, junto a una dilatación del presente, que lleva hacia una cultura de lo inmediato. Los proyectos se agotan en un tiempo breve y se completan en los espacios reducidos de la experiencia individual. Las mismas iniciativas de bien pueden reducirse a querer corregir alguna cosa, a una búsqueda de autorrealización subjetiva, a un entusiasmo efímero. Proyectar quiere decir organizar los recursos propios y el propio tiempo en consonancia con las grandes urgencias de la historia y con las demandas de las comunidades para alcanzar metas ideales dignas del hombre. Esto requiere conciencia crítica para defenderse de imperativos aparentes, capacidad de discernimiento para desenmascarar presiones psicológicas, generosidad motivada para ir más allá de los horizontes inmediatos.

- λ **Compromiso para la *solidaridad***, en oposición a esa cultura que lleva a centrarse en el individuo. Proyectos personales generosos pueden surgir sólo donde la persona admite que su realización está unida a la de sus semejantes. La solidaridad es una aspiración amplia que sube de lo profundo de las conciencias, del corazón de los acontecimientos históricos y se manifiesta bajo formas inéditas y casi inesperadas. Aparece como respuesta a macrofenómenos preocupantes, como el subdesarrollo, el hambre, la explotación. Inspira iniciativas ejemplares como los planes de ayuda, el voluntariado y los movimientos de opiniones, que van modificando la relación anterior entre persona y sociedad. Todo esto en ámbitos cercanos y mundos lejanos. Por consiguiente, moviliza el espíritu de servicio e impulsa a él.

Pero la cultura de la solidaridad se arrincona frecuentemente o la debilitan fuertes corrientes económicas y culturales. Presupone una visión del mundo y de la persona que considere la interdependencia como clave interpretativa de los fenómenos positivos y negativos de la humanidad. Nada tiene una explicación propia integral o una solución razonable si se considera de forma aislada. Pobreza y riqueza, desnutrición y dispendio son fenómenos correlativos. Entre estos contrastes, funge de mediación e interviene no sólo la ternura y la compasión, sino la responsabilidad humana. La persona no puede concebirse como un ser que primero se constituye por sí mismo y, sólo en un segundo momento, se orienta hacia los otros. La persona llega a ser ella misma sólo cuando asume solidariamente el destino de sus semejantes.

3. Aspectos que tienen una importancia especial en la animación y en la propuesta vocacional

Promover una cultura vocacional: cometido esencial de la Pastoral Juvenil

Toda la pastoral, y en especial la juvenil, es radicalmente vocacional: la dimensión vocacional constituye su principio inspirador y su confluencia natural. Hay, pues, que abandonar la concepción reductiva de la pastoral vocacional, que se preocupa sólo de la búsqueda de candidatos para la vida religiosa o sacerdotal. Por el contrario, como se ha dicho antes, la pastoral vocacional debe crear las condiciones adecuadas para que cada joven pueda

descubrir, asumir y seguir responsablemente su vocación.

La primera condición consiste, siguiendo a Don Bosco, en la creación de un ambiente en el que se viva y se transmita una verdadera “*cultura vocacional*”, es decir, un modo de concebir y afrontar la vida como un don recibido gratuitamente; un don que hay que compartir al servicio de la plenitud de la vida para todos, superando una mentalidad individualista, consumista, relativista y la cultura de la autorrealización. Vivir esta cultura vocacional requiere el esfuerzo de desarrollar ciertas actitudes y valores, como la promoción y la defensa del valor sagrado de la vida humana, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la interioridad que permite descubrir en sí y en los otros la presencia y la acción de Dios, la disponibilidad a sentirse responsables y a dejarse implicar por el bien de los demás en actitud de servicio y de gratuidad, la valentía de soñar y de desear en grande, la solidaridad y la responsabilidad hacia los otros, sobre todo los más necesitados. En este contexto o cultura vocacional la pastoral juvenil debe proponer a los jóvenes los *diversos caminos vocacionales* – matrimonio, vida religiosa o consagrada, servicio sacerdotal, compromiso social y eclesial – y acompañarlos en su compromiso de discernimiento y de opción.

Toda comunidad educativo-pastoral debe ser consciente de las características del propio ambiente cultural y de la acción educativo-pastoral que despliega en el trabajo diario con los jóvenes. Todo esto con el propósito de promover y desarrollar los elementos típicos de una cultura vocacional, que con frecuencia no se acepta en el ambiente en el que viven los mismos jóvenes.

Os indico aquí dos elementos que pueden ayudar al desarrollo de una cultura vocacional:

λ *Hacer de la comunidad educativo-pastoral un ambiente de familia con testigos vocacionales significativos.*

Los jóvenes viven en un ambiente masificado, en el que no se sienten reconocidos ni acogidos; deben merecerse y conquistar todo, de modo que los más débiles o los menos preparados quedan marginados y olvidados. En ese ambiente resulta casi imposible vivir la vida como don que compartir; aparece más bien como una lucha por la subsistencia o una carrera para la conquista del bienestar y de la realización individual. En el ambiente de familia típicamente salesiano el joven se siente acogido y apreciado gratuitamente; experimenta relaciones de confianza con adultos apreciables; se siente implicado en la vida de grupo; desarrolla protagonismo y responsabilidad; aprende a construir la comunidad educativa y a sentirse corresponsable del bien común; encuentra momentos de reflexión, de diálogo y de sereno contraste. Este es el mejor ambiente para el desarrollo de una cultura vocacional.

λ *Asegurar la orientación y el acompañamiento de las personas.*

En un ambiente masificado o en el que las relaciones son sólo funcionales será muy difícil el desarrollo de una visión vocacional de la vida. En efecto: ese proceso requiere la presencia y la cercanía de educadores entre los jóvenes, sobre todo en los momentos más espontáneos y gratuitos; el conocimiento y el interés por su vida; la capacidad de relaciones personales, aunque sean ocasionales y espontáneos; momentos de diálogo y de reflexión en grupo que ayuden a leer la vida con óptica positiva y vocacional; espacios y tiempos para encuentros más sistemáticos de acompañamiento personal.

La educación en el amor, en la castidad

En la orientación y animación vocacional tiene una gran importancia la educación en el amor. Es necesario ayudar al adolescente a integrar su crecimiento afectivo-sexual en el proceso educativo y también en el camino de educación en la fe. Y esto para que pueda vivir la afectividad y la sexualidad en armonía con las demás dimensiones fundamentales de su persona, manteniendo actitudes de apertura, de servicio y de obediencia.

Hoy el adolescente debe confrontarse con un contexto cultural y social pan-sexualizado que transmite sus continuos mensajes en la calle, en la televisión, en el ciberespacio. Se trata de sugerencias que impulsan a una práctica sexual consumista y orientada a la satisfacción inmediata del placer. La tendencia social dominante en este campo es el permisivismo, y los contenidos apetecibles de ese pansexualismo se convierten en motivo de un triste comercio. Todo ello da lugar a una confusión en el plano de los valores y a un gran relativismo ético. Sucede frecuentemente que se promueve un uso prematuro de la sexualidad en las relaciones de amistad o en la pura búsqueda de la satisfacción compulsiva del placer. Los jóvenes apuestan con gran decisión sobre el amor, retando prejuicios y censuras, deseosos de ir al encuentro de sus necesidades afectivas y sensibles al valor de una comunicación abierta y sin límites. Pero en este campo muchas veces no disponen de una orientación y de un guía que los ayude a comprender su afectividad y sexualidad según una visión integral de la persona, desarrollando de modo constante y claro un proyecto de educación en el amor que los oriente hacia una construcción armoniosa de la personalidad y haciendo posible una visión de la vida como don y servicio.

Ya hace años el CG23 señalaba a los Salesianos la educación en el amor como uno de los tres núcleos importantes alrededor de los cuales se hace posible y se realiza la síntesis fe-vida. No se trata, decía, “de puntos particulares, sino de «espacios» donde se concentra el significado, la fuerza y la conflictividad de la fe”.

Hoy esta importancia es todavía mayor, sobre todo cuando se quiere desarrollar con eficacia la dimensión vocacional de la vida y crear un ambiente en el que sea posible al joven madurar un proyecto vocacional, de manera especial cuando se trata de vocaciones de especial compromiso, que muchas veces incluyen una opción de celibato. En efecto, muchos jóvenes se encuentran en un ambiente muy poco favorable a una visión integral y positiva del amor. Y muchos de ellos viven deficiencias notables que el educador debe conocer para ayudarlos a superarlas.

A muchos de ellos les falta una experiencia de amor gratuito en la familia, en la que deben soportar tensiones y choques entre los padres que con frecuencia acaban con la decisión de la separación o el divorcio. La relación de amistad que viven entre sí es superficial y todo esto hace que, en vez de resistir a las propuestas seductoras del ambiente, quedan presos en ellas. Así, muy pronto, varios de ellos se implican en una relación de pareja que los cierra a los demás y a la vida del grupo. La urgencia que sienten de vivir una relación plena con su pareja los lleva a una práctica desordenada de la sexualidad. Desde luego que en todo esto incide la falta de un verdadero proceso de educación en el amor: el tema se evita o se trata de modo moralista y negativo, lo que en vez de ayudar, suscita el rechazo del adolescente.

Nuestro Sistema Preventivo y el espíritu de familia característico de nuestro ambiente pueden crear las condiciones para ponerlo felizmente en práctica.

La educación en la oración

La oración es un elemento esencial y primario en la orientación y en la elección de la vocación porque ésta, don de Dios ofrecido libremente al hombre, sólo puede descubrirse y seguirse con la ayuda de la gracia. Por tanto, una pastoral vocacional eficaz y profunda para los jóvenes no es posible sin introducirlos y acompañarlos en una práctica asidua de la oración.

La primera comunidad cristiana espera orando el día de Pentecostés, día del nacimiento de la Iglesia evangelizadora (Hch 1,14). Lo mismo Jesús: oró antes de elegir a los apóstoles (*Lc* 6, 12ss) y les enseñó a orar para que viniese el Reino de Dios (*Mt* 6,7ss). El mandamiento “Pedid, pues, al dueño del campo que mande obreros a cosechar su mies” (cf. *Mt* 9,37ss; *Lc* 10,2) se comprende en todo su valor y su urgencia a la luz del ejemplo y de las enseñanzas de Cristo. La oración es el camino privilegiado y la mejor pastoral vocacional.

Considerada esta centralidad de la oración en el camino de fe, es importante ayudar a los jóvenes a introducirse e iniciarse en una verdadera y profunda vida de oración: sólo así podrá madurar en ellos una posible vocación de especial consagración.

Los jóvenes viven hoy con frecuencia en un ambiente muy poco favorable a la vida espiritual. Están inmersos en una cultura del consumismo y del beneficio, del goce personal y de la satisfacción inmediata de los deseos; la visión superficial de la vida está dominada por criterios ético-morales subjetivos, muchas veces contrastantes y hasta contradictorios. El ambiente en el que se mueven favorece un ritmo de vida agitado, en el que viven muchas experiencias sin poder profundizar en ninguna. “La crisis de la familia, la extendida mentalidad relativista y consumista, el influjo negativo de los *medios* sobre la conciencia y los comportamientos constituyen un fuerte obstáculo para la cultura vocacional”.

Por otra parte, descubrimos en adolescentes y jóvenes una búsqueda de interioridad, un esfuerzo por captar su identidad y también una apertura y una sincera búsqueda de una experiencia de Trascendencia. Aunque muchas veces este camino se concibe de manera subjetiva y respondiendo a las propias necesidades, hay que decir que es una buena oportunidad para ayudarlos a descubrir al Dios de Jesús. Se multiplican los grupos y los movimientos que de formas muy diversas promueven experiencias de espiritualidad y los jóvenes están ampliamente presentes en estos grupos. ¡Bastaría pensar en la comunidad de Taizé!

Todo esto constituye una condición favorable para ofrecer a los jóvenes la posibilidad de iniciar un camino de educación en la interioridad que los vaya conduciendo gradualmente a descubrir y a gustar la oración cristiana, sobre todo en lo que constituye su originalidad y su verdadera riqueza: el encuentro con la persona de Jesús que nos revela el amor de Dios, que nos invita y nos ofrece la gracia de una relación personal con Él. He ahí por qué en un ambiente tan profundamente impregnado de secularismo y de superficialidad, es urgente promover esta educación en la interioridad y ofrecer a nuestros jóvenes una vida espiritual fuerte y profunda. “Hoy los tiempos exigen un retorno más explícito a la oración... Es una oración que vibra en sintonía con el despertar de la fe: ser creyentes comprometidos y no sólo fieles rutinarios supone un dialogo más explícito, más intenso, más frecuente con el Señor. En un clima de secularismo se siente una apremiante necesidad de meditación y de profundización de la fe”.

La educación en la oración debe favorecer las condiciones que impulsan a la persona del joven a asumir una actitud de autenticidad. Éstas son: el silencio, la reflexión, la capacidad de leer la propia vida, la disponibilidad a la escucha y a la contemplación, la gratuidad y la confianza. A un joven que vive en la agitación de una vida llena de actividad no le resulta fácil crear dentro de sí ese silencio y cultivar un camino de interioridad que lo lleve a un

encuentro verdadero consigo mismo. También ésta será una de las metas que hará falta tratar de alcanzar. De aquí la importancia de comenzar los momentos de oración con un espacio de calma, de silencio, de serenidad, que permita a nuestros jóvenes llegar a encontrarse consigo mismos y, partiendo de esta experiencia, asumir la propia vida para colocarla delante del Señor.

El corazón de la oración cristiana es la escucha de la Palabra de Dios. Ella debe ser la gran maestra de la oración cristiana, que no consiste en “hablar” a Dios, sino más bien en “escucharle” y abrirse a su voluntad (cf. *Lc* 11, 5-8; *Mt* 6,9ss). “En vuestros grupos, queridos jóvenes - escribía Juan Pablo II - multiplicáis las ocasiones de escucha y de estudio de la Palabra del Señor, sobre todo mediante la *lectio divina*: en ella descubriréis los secretos del corazón de Cristo y obtendréis de ella fruto para el discernimiento de las situaciones y de la transformación de la realidad”. Normalmente se deberá iniciar al joven a esta escucha, ayudándole a entender el sentido de la Palabra que escucha y lee. Se debe también reconocer que la Palabra de Dios es eficaz en sí misma y, por tanto, habrá que dejarla tal vez actuar sola en el corazón de los jóvenes, sin forzarla demasiado con nuestros esquemas: muchas veces ella los guiará sola hacia el diálogo personal con Jesús.

Otra gran escuela de oración es la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia: hay que ayudar al joven a participar cada vez más conscientemente, comprendiendo signos y símbolos de la liturgia. Una educación en la fe que olvide o retrase el *encuentro sacramental* de los jóvenes con Cristo, no es el camino para encontrarlo y aún menos indicará la posibilidad de seguirlo. “Los jóvenes, como nosotros, encuentran a Jesús en la comunidad eclesial. En la vida de ésta, sin embargo, hay momentos en los que él se revela y se comunica de modo singular: son los sacramentos, especialmente la Reconciliación y la Eucaristía. Sin la experiencia que se da en ellos, el conocimiento de Jesús se hace inadecuado y escaso, hasta el punto de no permitir distinguirlo entre los hombres como el resucitado Salvador...Con razón se dice que los sacramentos son memoria verdadera de Jesús: de lo que él hizo y hace todavía hoy por nosotros, de lo que significa para nuestra vida; avivando, pues, nuestra fe en él, para que lo veamos mejor en nuestra existencia y en los acontecimientos.

Son también revelación de lo que parece escondido en los pliegues de nuestra existencia, para que tomemos conciencia de ello... En la Reconciliación se nos abren los ojos y vemos lo que podemos llegar a ser según el proyecto y el deseo de Dios; se nos da al Espíritu que nos purifica y renueva. Se ha dicho que es el sacramento de nuestro futuro de hijos, en vez de nuestro pasado de pecadores. En la Eucaristía Cristo nos incorpora a su ofrenda al Padre y refuerza nuestra donación a los hombres. Nos inspira el deseo y nos da la esperanza de que ambos, amor al Padre y amor a los hermanos, sean una gracia para todos y para todo: anunciamos su muerte, proclamamos su resurrección, ven, Señor Jesús”.

Entre los muchos caminos de iniciación en la oración, la Espiritualidad Juvenil Salesiana nos ofrece su gran riqueza y un estilo específico de vida espiritual, con un estilo característico de oración y una forma actual de organizar la vida en torno a algunas percepciones de fe, opciones de valores y actitudes. En ella se encuentran ciertas características propias de la oración salesiana: es una oración sencilla, sin complicaciones inútiles, inserta en la vida de cada día, que se presenta y se ofrece al Señor; una oración llena de esperanza, que promueve una visión pascual de la vida, en diálogo personal con el Señor Resucitado, vivo y presente entre nosotros; una oración que lleva a la celebración de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía en la que se vive el encuentro personal con Jesús; una oración que ayuda a descubrir la presencia de Jesús en cada joven, especialmente en los más pobres, e impulsa a implicarse en su educación y evangelización.

Es importante, pues, estar atentos a estas características en nuestro camino de educación en la oración, para ayudar al joven a vivirla y de ese modo a introducirlo en la Espiritualidad Juvenil Salesiana: es un camino de vida cristiana que puede llevar también a adolescentes y jóvenes a la gran meta de la santidad.

Debemos estar seguros: sólo con una vida de oración cada vez más centrada en Cristo el joven podrá aclarar y consolidar su opción vocacional, sobre todo si se trata de una vocación de consagración especial.

El acompañamiento personal

Otro elemento fundamental en la pastoral vocacional es el acompañamiento personal regular del joven. Deberá ser respetuoso, con una acertada comprensión de la madurez y del camino espiritual de la persona a la que se acompaña. Un acompañamiento que ayude a interiorizar y personalizar las experiencias vividas y las propuestas recibidas; que estimule y guíe en la iniciación en la oración personal y en la celebración de los sacramentos; que oriente hacia un proyecto personal de vida como instrumento concreto de discernimiento y maduración vocacional. La gracia del Espíritu que obra en el corazón de las personas tiene necesidad de la colaboración de la comunidad y de un maestro espiritual. Por eso junto a cada santo hay siempre un maestro de Espíritu que lo acompaña y lo guía.

El acompañamiento es aún más importante en el sistema educativo salesiano, que se basa en la presencia del educador entre los jóvenes y en una relación personal basada en el mutuo conocimiento, en la comprensión y en la confianza.

Cuando hablamos de acompañamiento, no nos referimos sólo al diálogo individual, sino a todo *un conjunto de relaciones personales* que ayudan al joven a asimilar personalmente los valores y las experiencias vividas, a adecuar las propuestas generales a su propia situación concreta, a aclarar y ahondar las motivaciones y los criterios.

Este proceso incluye *experiencias y niveles sucesivos* promovidos por la comunidad salesiana para asegurar un ambiente educativo, capaz de favorecer la personalización y el crecimiento vocacional. A título de ejemplo:

- la presencia entre los jóvenes, con el propósito de conocerlos y compartir con ellos la vida, con un actitud de confianza;
- la promoción de grupos, donde siguen a los jóvenes el animador y sus mismos compañeros;
- contactos breves, ocasionales, que muestran el interés por la persona y su mundo; y, al mismo tiempo, una atención educativa a ciertos momentos de importancia especial para el joven;
- momentos de diálogo personal breves, frecuentes, sistemáticos, según un plan concreto;
- el contacto con la comunidad salesiana, con experiencias de participación en la vida de oración, de fraternidad y de apostolado,
- el ofrecimiento frecuente del sacramento de la Reconciliación; la intervención atenta y amiga del confesor resulta con frecuencia decisiva para orientar a un joven en su opción vocacional.

En la práctica del acompañamiento, sobre todo en el diálogo personal, conviene asegurar además la atención sobre *algunos puntos fundamentales* para el crecimiento humano y cristiano del joven y el discernimiento de las señales de vocación. He aquí, en especial, algunos:

- λ *Educación en el conocimiento de sí mismo*, para descubrir los valores y las cualidades que el Señor ha dado a cada uno, pero también los límites o las ambivalencias en el propio modo de vivir y pensar. Cuántos jóvenes no han escuchado la llamada vocacional, no porque fuesen poco generosos o indiferentes, sino sencillamente porque no se les ha ayudado a conocerse y a descubrir la raíz ambivalente y pagana de ciertos esquemas mentales y afectivos, o porque no se les ha ayudado a liberarse de sus miedos o defensas en relación con la vocación misma.
- λ *Madurar la confesión de Jesús, como el Señor Resucitado y como sentido supremo de la propia existencia*. Las motivaciones vocacionales deben basarse en el reconocimiento de la iniciativa de Dios que ha sido el primero en amarnos. Como explicaba el Papa Benedicto XVI a los jóvenes de Roma y del Lazio: “El Señor está siempre presente y mira a cada uno de nosotros con amor. Queda que nosotros debemos encontrar esa mirada y encontrarnos con él. ¿Cómo hacerlo? Diría que el primer punto para encontrarnos con Jesús, para experimentar su amor es conocerlo... Para conocer a una persona, ante todo la gran persona de Jesús, Dios y hombre, se necesita la razón, pero al mismo tiempo también el corazón. Sólo con la apertura del corazón a él, sólo con el conocimiento del conjunto de lo que ha dicho y de lo que ha hecho, con nuestro amor, con nuestro ir hacia él, podemos poco a poco conocerlo cada vez más y así también experimentar que él nos ama... En un verdadero coloquio, podemos encontrar cada vez más ese camino del conocimiento que se convierte en amor. Naturalmente no sólo pensar, no sólo orar, sino también hacer es una parte del camino hacia Jesús: hacer cosas buenas, implicarse en favor del prójimo”.
- λ *Educación a leer la experiencia de la propia vida y los acontecimientos de la historia como don de Dios y como llamada* a ponerse a disposición de la misión por el Reino de Dios. Para esto, ayudar a los jóvenes a iluminar su existencia con la Palabra de Dios, en una constante referencia a Jesucristo, sentido como el Señor de la vida que propone un proyecto especial para cada uno de nosotros. “Mi vida la ha querido Dios desde la eternidad. Yo soy amado, soy necesario. Dios tiene un proyecto conmigo en la totalidad de la historia; tiene un proyecto precisamente para mí. Mi vida es importante y también necesaria. El amor eterno me ha creado en profundidad y está esperándome. Por tanto, este es el primer punto: conocer, tratar de conocer a Dios y así entender que la vida es un don, que es bueno vivir... Así pues, hay una voluntad fundamental de Dios para todos nosotros, que es idéntica para todos nosotros. Pero su aplicación es diferente en cada vida, porque Dios tiene un proyecto preciso con cada hombre.... No “tener” la vida, sino hacer de la vida un regalo, no buscarme a mí mismo, sino dar a los otros. Esto es lo esencial”.
- λ *Ahondar la asimilación personal de los valores evangélicos* como criterios permanentes que orientan en las opciones que se hacen en la vida cotidiana. Será más fácil así resistir a la tentación de seguir de forma conformista lo que hacen todos. Como ya se ha dicho antes, un aspecto al que debemos prestar una atención especial en este campo será la educación en el amor y la afectividad.

Centralidad y labor de la consagración religiosa en la misión de la Familia Salesiana

La misión salesiana es misión educativa (de promoción integral de la persona) y misión de evangelización de los jóvenes. Estas dos dimensiones de nuestra misión salesiana (la

educativa y la evangelizadora) son esenciales y deben vivirse en mutua complementariedad y recíproco enriquecimiento.

La Familia Salesiana, respetando el carisma de los diversos grupos que la componen, es el sujeto de esta misión y debe cuidar la integridad de esta unidad orgánica; por eso es una riqueza que en ella están significativamente presentes las dos formas complementarias de vivir la vocación, la secular y la consagrada, y en ellas la laical y la sacerdotal.

Pero es indispensable ser conscientes y poner en evidencia el *valor fundamental de la vida consagrada* en la realización de la misión salesiana. “Don Bosco - afirma el CG24 - quiso personas consagradas en el centro de su obra, orientada a la salvación de los jóvenes y a su santidad”.

La forma laical de la vocación salesiana, en su diversas expresiones dentro de la Familia Salesiana, señala los valores de la creación y de las realidades seculares, ofrece una especial sensibilidad hacia el mundo del trabajo, presta una especial atención al territorio, subraya las exigencias de la profesionalidad; la laicidad en los miembros de la Familia Salesiana, religiosos, consagrados o no, muestra a todos cómo vivir la entrega total a Dios por la causa del Reino en estos valores y ocupaciones seculares. La otra forma es la sacerdotal, que recuerda la finalidad última de toda la acción educativa; los sacerdotes, pertenecientes a los diferentes grupos de la Familia Salesiana, realizan un sacerdocio plenamente inserto en el compromiso educativo: ofreciendo la Palabra de Dios no sólo en la catequesis, sino también en el diálogo y la acción educativa, construyen la comunidad cristiana a través de la construcción de la comunidad educativa.

Se debe encontrar en la Familia Salesiana el valor de la consagración religiosa. Ella, en efecto, figura como un signo necesario que, mientras especifica la identidad de los que han hecho una opción total en el seguimiento de Jesús, indica al mismo tiempo a los laicos que comparten nuestro carisma, que su intervención en la misión no es simplemente una ayuda complementaria, sino más bien una experiencia especial de Dios, en la participación de una misma espiritualidad y de una misma misión. “No hay esperanza para una figura religiosa que no exprese inmediatamente, y casi emocionalmente, un significado trascendente; que no sea una flecha apuntada hacia lo divino y hacia el amor al prójimo, que nace de lo divino”.

No pocas veces en nuestra visión de la vocación salesiana y en su presentación damos la impresión de privilegiar los aspectos funcionales, dejando en la sombra o dando por descontados y sobreentendidos los de la vida consagrada. “Si se pone entre paréntesis la consagración religiosa para razonar en términos de acción y de cargos funcionales, eso no sólo confunde los planos, sino que altera las dimensiones”.

En su papel propio la Familia Salesiana *se enriquece con la presencia reveladora y complementaria de sacerdotes, religiosos, consagrados y laicos*. Juntos configuran una plétora insólita de energías empleadas para el testimonio y la misión educativa; las diferentes vocaciones laicas enriquecen la proclamación de la vida consagrada y la función animadora que, como tal, debe realizar en la Familia y en el Movimiento salesiano.

Esta relación, por consiguiente, no se funda en los papeles o en las funciones diversas que cada uno puede realizar (muchas veces esos papeles son los mismos), sino en los dones vocacionales peculiares a través de los cuales cada uno contribuye a la misión común. La entrega de la vida debe ser idéntica porque es total, pero no el modo de entregarla.

El Movimiento Juvenil Salesiano, lugar vocacional privilegiado

El Movimiento Juvenil Salesiano (MJS) es una realidad plena de vida, presente en los cinco continentes. Es una expresión expresiva de la fuerte atracción que la persona de Don Bosco y su carisma ejercen sobre los jóvenes. En los diversos encuentros nacionales e internacionales del MJS se tiene una experiencia viva y fuerte de una corriente de comunión que tiene su fuente en la persona de Don Bosco, en los valores de su pedagogía y de la Espiritualidad Juvenil Salesiana.

Este desarrollo del MJS, con su variedad de grupos y asociaciones, con la presencia de numerosos animadores, la diversidad de iniciativas y propuestas formativas, es para nosotros, miembros de la Familia Salesiana, una gracia de Dios y al mismo tiempo una llamada. El Señor nos envía todos estos jóvenes para que los ayudemos en su camino de crecimiento como personas hasta alcanzar la plenitud de la vida cristiana.

La tendencia asociativa, la vida de grupo, la inspiración comunitaria fue una experiencia casi espontánea en la vida de Don Bosco. Se daba en él una inclinación natural a la sociabilidad y a la amistad. El asociacionismo juvenil es, por tanto, una exigencia indispensable en la propuesta educativa querida por Don Bosco. A través de una pluralidad de grupos y asociaciones juveniles tenemos la posibilidad de asegurar una presencia educativa de calidad en los nuevos espacios de socialización de los jóvenes. Y esta experiencia se hace reveladora en el momento en el que los jóvenes son llamados a comprender la realidad eclesial y a implicarse en ella como miembros vivos en el “cuerpo” de la comunidad cristiana.

A veces puede parecer que los jóvenes de nuestros ambientes y de algunos grupos nuestros sean superficiales, sobre todo cuando se manifiestan en su estilo ruidoso y festivo. En realidad muchos de ellos son probadamente buenos y espirituales. Ellos manifiestan una gran sed de Dios, de Cristo, de Evangelio vivido en la sencillez y en la normalidad de la vida cotidiana. Don Bosco estaba convencido de que un tanto por ciento elevado de los jóvenes que el Señor envía a nuestras casas tiene disposiciones favorables para seguir, si se les motiva y acompaña convenientemente, una vocación de compromiso especial. Precisamente porque viven con frecuencia en un ambiente poco favorable al silencio y a la interiorización, buscan nuestra ayuda, nuestro apoyo y nuestro acompañamiento en el camino de maduración de su vida. La Espiritualidad Juvenil Salesiana, el estilo de vida cristiana vivido por Don Bosco y por los jóvenes del Oratorio de Valdocco, constituye entonces un recurso que ofrecer a esos jóvenes.

En varias partes del mundo muchas vocaciones a la vida religiosa o sacerdotal y también a la vida laical comprometida en la Familia Salesiana florecen en los grupos y en las asociaciones del MJS, sobre todo entre los animadores. Es un hecho que debemos tener en cuenta, valorando y acompañando mucho mejor esa experiencia asociativa. Tal vez deberíamos estar más convencidos de que nuestros jóvenes, sobre todo los jóvenes animadores, tienen el derecho de recibir de nosotros un estímulo que los lleva a pensar en su vida y en su compromiso en clave vocacional; en su acompañamiento personal debemos proponer con claridad el interrogante vocacional y animar su respuesta generosa.

Esa es una tarea importante y urgente para cada salesiano y para cada miembro de la Familia Salesiana en su contacto cotidiano con los jóvenes de los grupos y en los diversos servicios de animación. Cuando haya una ocasión propicia y una disponibilidad potencial por parte del joven, es el momento para proponer un compromiso vocacional. En esta propuesta debemos ser libres y valientes, confiándonos a la acción del Espíritu, que con frecuencia nos sorprenderá con su acción.

Hoy la edad de las opciones vocacionales de vida se está desplazando y, aunque la semilla se lance en la preadolescencia o la adolescencia, madura con frecuencia en momentos siguientes, cuando los jóvenes se encuentran en la universidad o en las primeras experiencias

de trabajo. Es importante promover propuestas y espacios concretos que nos permitan acompañarlos en esos momentos decisivos para su futuro. Entre estos jóvenes debemos cuidar de modo especial a los más cercanos a nosotros, los animadores, los voluntarios, los colaboradores de nuestras obras que comparten generosamente muchos aspectos de la misión salesiana, que tienen un auténtico deseo de servicio y están en busca de un proyecto de vida que los llene. Hay que asegurar que la experiencia de animación o de voluntariado los ayude a plantear su vida siguiendo una línea de búsqueda y de disponibilidad vocacional.

Advertimos que entre los grupos del MJS se están extendiendo de modo admirable los grupos del *Voluntariado*. Ellos constituyen una primera salida del camino formativo realizado antes en los grupos. Los jóvenes, en la opción por el voluntariado, descubren un espacio de iniciativa y de servicio que se convierte en réplica valiente de la mentalidad individualista y consumista que insidia muchas realidades sociales. Al mismo tiempo, los ayuda a madurar una visión vocacional de la vida como don y como servicio.

Se debe captar este “signo de los tiempos” explicitando sus múltiples valores, especialmente en la educación en la solidaridad y en la riqueza vocacional que encierra.

Don Bosco sabía implicar a sus muchachos, con frecuencia jovencísimos, en tareas de voluntariado casi heroicas. Basta recordar a los jóvenes “voluntarios” en la época del cólera en Turín. A través de estos trabajos de servicio los ayudaba a madurar una opción vocacional de la vida. La implicación directa de los mismos jóvenes en su propia educación y en la transformación del ambiente fue para Don Bosco una de las claves fundamentales de su sistema educativo, además de ser una verdadera escuela de ciudadanía y de santidad.

También nosotros hoy, por medio del voluntariado, queremos proponer una visión vocacional de la vida, inspirada en el Evangelio vivido según la Espiritualidad Juvenil Salesiana. El/la voluntario/a traduce en realidad esos valores y actitudes que caracterizan una “cultura vocacional” subrayados antes, como la defensa y la promoción de la vida humana, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la interioridad que hace descubrir en sí y en los demás la presencia y la acción de Dios, la disponibilidad para sentirse responsable y dejarse implicar para el bien de los demás en actitud de servicio y de gratuidad. Estos valores deben cultivarse durante la formación de los voluntarios y deben inspirar sus proyectos y su modo de servir, de manera que la experiencia de voluntariado modele su vida como ciudadanos y como cristianos comprometidos y no se reduzca, en cambio, a una experiencia entre las muchas vividas en el tiempo de la juventud.

De este modo el voluntariado se convierte en una verdadera escuela de vida; contribuye a educar a los jóvenes en una cultura de solidaridad en los encuentros con los otros, sobre todo con los más necesitados. Hace crecer en ellos el Espíritu de acogida, la apertura hacia el otro, e invita casi naturalmente a la apertura del don total y gratuito de sí mismos.

Es importante, pues, promover el voluntariado en la Familia Salesiana. Es una propuesta que debe conocerse, valorarse, acompañarse. Constituye por sí misma una experiencia típica en la que se puede cultivar adecuadamente una cultura vocacional.

Conclusión. Belleza y actualidad de la vocación salesiana

En mis visitas a la Congregación y a otros grupos de la Familia Salesiana existentes en el territorio he podido constatar la enorme fuerza de atracción y el entusiasmo que suscita la persona de Don Bosco, tanto entre los jóvenes como entre los adultos, entre la gente sencilla,

como también entre las autoridades, políticos, agentes sociales, en las diferentes culturas y también entre personas de otras religiones. Hablando con muchos de ellos, he podido captar el agradecimiento que manifiestan por la presencia y la obra salesiana. Todos se sienten orgullosos de ser ex-alumnos/as y de haber experimentado la pedagogía salesiana. Con frecuencia el recuerdo de Don Bosco suscita un gran entusiasmo popular y moviliza a poblaciones enteras. Así sucede, por ejemplo, en Panamá durante la novena y en la fiesta de Don Bosco. El mismo fenómeno lo estamos percibiendo durante el paso de la urna de Don Bosco, que está viajando a través de los distintos continentes. Su pedagogía y su estilo educativo, sobre todo cuando se conoce y se profundiza, se considera un tesoro que se debe hacer conocer y conservar al mismo tiempo. Es, en efecto, una respuesta adecuada a los retos y a las expectativas de los jóvenes de hoy.

Todo esto nos anima a vivir con digno orgullo y grato reconocimiento nuestra vocación, sintiéndonos herederos y continuadores de un carisma especial que Dios ha suscitado para los jóvenes, sobre todo los más pobres y en peligro. En estos 150 años de historia salesiana, a partir de la fundación de la Congregación y de la Familia Salesiana, vemos realizarse el sueño de Don Bosco, de implicar un amplio movimiento de personas que, compartiendo su Espíritu, se entregan a la misión juvenil. Todos nosotros somos parte y prueba de ese sueño en la realidad.

Debemos vivir, pues, nuestra vocación salesiana con un gran sentido de agradecimiento; y el primer signo de reconocimiento es nuestra propia fidelidad, vivida con alegría y luminoso testimonio. Debemos hablar de nuestra vocación. Debemos hablar de Don Bosco y de su misión. Debemos poner en evidencia lo que la Familia Salesiana, por medio de sus grupos, ha realizado en el mundo y animar a muchas personas de buena voluntad a ofrecer no sólo su colaboración sino su misma vida para que la misión salesiana pueda continuar en el mundo en favor de los jóvenes tan amados por Dios.

Todos nosotros podemos conocer y recordar a hermanos y hermanas, comunidades y grupos que han vivido y viven su vocación de modo admirable y atrayente. Sus vidas suscitan la estima y la implicación de muchas personas. Pienso en este momento en la figura de Don V. Cimatti que con su simpatía, amabilidad y su talento musical hizo conocer y apreciar a Don Bosco y su obra en el Japón, suscitando numerosas vocaciones; o la figura de Mons. Carreño que en la India, junto a otros grandes misioneros, hizo conocer y amar la vocación salesiana, arrastrando a muchísimos jóvenes y poniendo en marcha un movimiento vocacional del que aún hoy recogemos frutos abundantes. Recuerdo también a la Beata Sor María Romero, incansable mujer apostólica en Costa Rica, o la radiante figura de Sor Eusebia Palomino, o la del Cooperador Salesiano Attilio Giordani, o la del exalumno Alberto Marvelli, o la de Alexandrina da Costa, o la de Nino Baglieri.

También en situaciones muy difíciles, como las de los países comunistas, los miembros de la Familia Salesiana no se han dejado asustar y desanimar por los obstáculos y no se han retirado, esperando tiempos mejores, sino que han buscado vivir fielmente su vocación, ayudándose mutuamente a ser perseverantes en situaciones casi imposibles y dando lugar a formas originales y creativas para realizar, en la clandestinidad, un trabajo pastoral según el Espíritu salesiano. De este modo también en aquellas circunstanciase tan adversas, han podido suscitar numerosas vocaciones a la vida religiosa y a la Familia Salesiana.

Estoy seguro de que cada uno de vosotros, en los diversos grupos y en las congregaciones e institutos de la Familia Salesiana, ha conocido hermanos o hermanas alrededor de los cuales han crecido numerosas vocaciones a la vida religiosa. Otros habrán promovido el compromiso por la misión de Don Bosco de numerosos laicos. Esa fuerza de animación tiene

una fuente propia en la persona de nuestro gran Padre Don Bosco. Aún hoy, cada vez que los laicos colaboradores nuestros conocen bien la figura de Don Bosco y su Sistema Educativo y su Espiritualidad, quedan demostradamente entusiasmados y sienten el deseo de darlo a conocer a otros.

Debemos, pues, estar orgullosos de nuestra vocación salesiana; conocer cada vez más a Don Bosco y, sobre todo, vivir y comunicar con entusiasmo su Espíritu y la misión salesiana. Como signo de gratitud por el don de la vocación salesiana recibido, nos comprometemos a hacerla conocer a todos, sobre todo a los jóvenes. Hablaremos de ella, cada vez que sea posible, a nuestros colaboradores y a los amigos que entran en contacto con nosotros. Nuestra vida, nuestro entusiasmo, nuestra fidelidad manifestarán plenamente que creemos en la belleza y en el valor de la vocación que hemos recibido. Creemos en su actualidad y la vivimos intensamente para responder con alegría a las necesidades y a las expectativas de los jóvenes y de la sociedad de hoy.

El Señor Jesús y María Auxiliadora nos han confiado este don precioso para la salvación de los jóvenes. Es un don que custodiamos con amor, que vivimos con intensidad y que comunicamos con alegría.

Concluyo, como otras veces, con una fábula que me parece muy estimulante para la reflexión que nos propone sobre el tema del seguimiento, del camino, de la opción fundamental de la vida y del Señor, como único sumo bien y verdadera perla preciosa, por la que vale la pena vender todo. Son todos elementos que tienen que ver con la concepción de la vida como vocación.

LA CARAVANA EN EL DESIERTO

En el lejano Oriente vivía un emperador rico y poderoso. En todas las cortes del mundo se tejían alabanzas de su reino, de sus palabras y de su sabiduría. Pero los bardos y los cuentacuentos que peregrinaban de castillo en castillo ponderaban sobre todo sus inmensas riquezas.

«¡Bastarían sólo las piedras de su diadema para mantener a una ciudad!», declamaban.

Como siempre sucede, todo esto fomentó la envidia y la codicia de otros reyes y de otros pueblos. Algunas tribus de bárbaros feroces y violentos se agolparon en las fronteras e invadieron el reino.

Nadie lograba detenerlos.

El emperador decidió refugiarse entre las tribus fieles que vivían en las montañas, más allá del terrible desierto.

Una noche dejó el palacio imperial seguido por una ágil caravana que transportaba su fabuloso tesoro de lingotes de oro, joyas y piedras preciosas. Para hacer más expedita la marcha, lo acompañaban sólo sus guardias escogidas y los pajes, que le habían jurado fidelidad absoluta hasta la muerte.

La pista a través del desierto serpeaba entre dunas de arena quemadas por el sol, desfiladeros angostos y puertos empinados. Una pista conocida por pocos.

A mitad del camino, mientras trepaban por un repecho pedregoso, agotados por la fatiga y por el ardiente reflejo de las rocas, algunos camellos de la caravana se derrumbaron jadeando y no se levantaron ya.

Los cofres que transportaban rodaron por las laderas de la duna, se destrozaron y desparramaron todo su contenido de monedas, joyas y piedras preciosas que se metieron

entre las piedras y en la arena.

El soberano no podía aflojar la marcha. Los enemigos, probablemente, se habían dado cuenta de su huída.

Con un gesto entre agrio y generoso, invitó a sus pajes y a sus guardias a que se quedasen con las piedras preciosas que pudiesen recoger y llevarse consigo. Un puñado de aquellos objetos preciosos les aseguraba ser ricos el resto de su vida.

Mientras los jóvenes se lanzaban ávidamente sobre el rico botín y hurgaban afanosamente en la arena y entre las piedras, el soberano prosiguió su viaje en el desierto.

Pero se dio cuenta de que alguien seguía caminando detrás de él.

Se volvió y vio que era uno de sus pajes que le seguía jadeante y sudoroso.

«Y tú» le preguntó «¿no te has parado para recoger algo?».

El joven fijó en él los ojos con una mirada serena, colmada de dignidad y de orgullo, y respondió:

«No, señor. Yo sigo a mi rey».

El relato nos lleva a la memoria de aquel pasaje decisivo del Evangelio de Juan, que es una divisoria en la historia de Jesús:

«Muchos de los discípulos de Jesús se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los Doce: “¿También vosotros queréis marcharos?”.

Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿con quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Santo de Dios”» (Jn 6,66-69).

Una elección tan comprometida como entregar la propia vida en las manos de Dios es sólo posible si, como escribe Madeleine Delbrêl, somos capaces de bailar dejándonos llevar por el Espíritu Santo.

La Danza de la Vida

"Para ser un buen danzarín, contigo como con los otros, no hace falta saber a dónde lleva la danza. Basta seguir el paso, estar alegre, ser liviano y, sobre todo, no estar agarrotado. No hay que pedirte explicaciones sobre los pasos que te gusta hacer. Hay que ser como la prolongación, ágil y viva, de Ti. Y recibir de Ti la transmisión del ritmo de la orquesta.

Hace falta no querer avanzar a toda costa, sino aceptar volverse atrás, andar de lado. Hay que saber pararse y saber resbalar, en vez de caminar. Y estos serían sólo pasos de estúpidos, si la música no hiciese de ellos una armonía. Pero nosotros olvidamos la música de Tu Espíritu, y hacemos de la vida un ejercicio de gimnasia; olvidamos que entre Tus brazos la vida es danza y que Tu santa voluntad es de una inconcebible fantasía.

Si estuviésemos contentos de Ti, Señor, no podríamos resistirnos a la necesidad de danza que inunda el mundo, y llegaríamos a adivinar qué danza Te gusta hacernos bailar, casándonos con los pasos de Tu Providencia".

Queridos hermanos y hermanas, os deseo a todos vosotros esta apasionante experiencia de dejaros conducir por el Espíritu. Nuestra vida se colmará de alegría y de entusiasmo y entonces podremos convertirnos, como Juan el Bautista, en maestros que saben ayudar a sus discípulos a convertirse en discípulos y apóstoles del Señor Jesús.

Un fuerte abrazo y un año 2011 sereno y abundante de vocaciones para toda la Familia Salesiana.

CG26, *Da mihi animas, cetera tolle*, Roma, 2008, n. 53: “Vocaciones al compromiso apostólico”.

CG26, *Da mihi animas, cetera tolle*, Roma, 2008, n. 54: “Acompañamiento de los candidatos a la vida consagrada salesiana”.

Cenno storico sobre la Congregación de S. Francisco de Sales y aclaraciones correspondientes. Roma. Tip. Poliglotta 1874. En OE XXV, p. 233.

Memorie dell’Oratorio. Texto crítico, editado por A. Ferreira. Roma, LAS 1991, p. 195. Poner al servicio de las Diócesis como seminarios menores sus (nuevas) escuelas privadas fue un motivo impulsor de la expansión de la obra salesiana, cf. A. J. LENTI, *Don Bosco. History and Spirit*. Vol. 5º: Institutional Expansion, Roma, LAS, 2009, pp. 49-73.

Cf. P. BRAIDO, *Don Bosco, prete dei jóvenes nel secolo delle libertà*. Vol. I, Roma, LAS, 2003, p. 544. *Summarium*, 676 par.14.

MB XVII, p. 262.

MB XVIII, p. 530.

Aunque falta un artículo sobre los seminarios menores en el primer texto constitucional que se conserva, el manuscrito de Rua de 1858, lo introdujo Don Bosco ya en el primer borrador de 1860. Cf. G. BOSCO, *Costituzioni de la Società di S. Francesco di Sales [1858] – 1875*. Edición crítica de Francesco MOTTO, Roma, LAS, 1982, pp. 76-77.

Para esta sección tomo libremente la voz “*Cultura de la Vocación*”, de don JUAN E. VECCHI, en *Dizionario della Pastorale Vocazionale*, Libreria Editrice Rogate, Roma 2002, pp. 370-382

JUAN PABLO II, Mensaje para la XXX Jornada de Oración por las vocaciones (8 de septiembre de 1992).

Cf. JUAN PABLO II, Mensaje para la XXX Jornada Mundial de oración por las vocaciones (8 de septiembre de 1992).

Cf. CG23, 181.

Un sencillo, pero todavía actual, itinerario de educación en la castidad lo prospectó el Capítulo General 23: cf. CG23, 195 – 202.

“La promoción de las vocaciones consagradas exige algunas opciones fundamentales, como la oración constante... La oración debe ser compromiso cotidiano de las comunidades y debe implicar a jóvenes, familias, laicos, grupos de la Familia salesiana” (CG26, 54).

CG26, 57.

EGIDIO VIGANÒ, “Nuestra oración por las vocaciones”, ACG 341 (1992) p. 27.

JUAN PABLO II, Mensaje con ocasión de la XII Jornada de la Juventud (15 de agosto de 1996)

JUAN E. VECCHI, “Le reconocieron al partir el pan”, NPG 1997, n. 8 (noviembre) pp. 3-4.

Cf. CG23, 158ss y especialmente 173-177.

Benedicto XVI, Encuentro con los jóvenes de Roma y del Lazio, en preparación a la Jornada Mundial de la Juventud, 25 de marzo de 2010.

Ivi.

CG24, 150.

Juan E. Vecchi, *Beatificación del Coad. Artémides Zatti: Una novedad irrupente*, ACG 376 (2001) p. 43.

Ivi.

Cf. MB XI, p. 266.

